

CARTA AL XXV CONGRESO DEL PARTIDO SOCIALISTA

Estimados compañeros:

Creo que el Congreso que se desarrolla en este día, marcará una etapa fundamental en la historia del Socialismo chileno y tenía un vivo interés en participar personalmente en él, pero ante la eventualidad de encontrarme fuera de Santiago en la fecha de la convocatoria he optado por hacerles llegar esta comunicación, con algunas reflexiones sobre ciertos temas que seguramente centrarán la atención y el debate del Congreso. Aunque ausente de toda función directiva, pienso que no podía escusarme de enunciar algunos juicios derivados de mi larga experiencia como dirigente y como militante en un momento significativo en la vida de nuestro Partido.

Por más de medio siglo el Partido Socialista ha sostenido en el escenario político chileno la presencia de una poderosa corriente inspirada en los valores de la justicia social y de la libertad y apoyada en los sectores oprimidos y explotados de la sociedad, generando un cuerpo de ideas y comportamientos que le conceden una fuerte identidad histórica. En la formulación de un nuevo "Proyecto" los socialistas deberíamos asumir plenamente esa rica tradición para proyectarla en el futuro, conscientes de que sólo una equilibrada combinación de principios fundamentales y de innovaciones razonables confirmará nuestra vigencia en las nuevas condiciones, como leales continuadores de ese pasado común y herederos de un patrimonio moral que otorga consistencia y credibilidad a nuestra acción.

El carácter "socialista" del Partido envuelve una opción esencial en el plano ideológico, como alternativa al régimen capitalista. Si bien este, en ciertos períodos y lugares ha estimulado un notable desarrollo científico y tecnológico, a lo largo de dos siglos ha servido de soporte a una estructura social caracterizada por la explotación del trabajo humano en las naciones del centro del sistema y el saqueo de sus materias primas y recursos naturales en los pueblos de la periferia del mundo.

La "globalización" de la economía y de otros aspectos de la vida moderna, sin ser un fenómeno absolutamente nuevo, ha acentuado el poder político de las empresas transnacionales por encima de las fronteras, debilitando severamente el rol de los Estados Nacionales y otorgando al capital financiero una absoluta discrecionalidad operativa.

Las indicaciones del mercado -como consecuencia de las profundas deformaciones determinadas por las diferencias de renta de los consumidores- conducen una parte sustancial de los recursos a la producción suntuaria, ignorando las necesidades básicas de enormes masas humanas marginadas. Una situación que exige urgentes cambios a escala mundial y que el capitalismo es incapaz de promover, en tanto los socialistas señalan en la gestión privada de los medios

de producción la clave de un sistema que, por un lado, acentúa la concentración de la riqueza y, por otro, propaga la pobreza y el hambre en vastas regiones del planeta.

Algunos de nuestros intelectuales han acogido dócilmente la tesis de la muerte de las ideologías, a comenzar por la que sirvió de constante marco a las postulaciones del socialismo chileno. Sobre esta premisa se fundamenta el llamado a construir un partido "pluralista", de ciudadanos, cruzados de tendencias o fracciones, donde el pragmatismo sería la fórmula rectora de la acción, inspirada, a su vez, en un conjunto de "ideales" (o valores genéricos y abstractos), sin apoyo en la vida real. Con ese rumbo el partido derivaría fatalmente en un "Club de Debates" o en un ente benéfico, a mitad de camino entre la Sociedad Fabiana y el Ejército de Salvación.

Firmemente implantado a lo largo del país y dueño de una tradición gestada a la luz del marxismo, concebido "como método de interpretación de la realidad" y "enriquecido por todos los aportes científicos del constante devenir social" el P.S. debería mantener tal inspiración, presente en el curso de toda su fecunda trayectoria. Sin perjuicio de rechazar, como lo ha hecho desde su fundación, las dogmáticas concepciones que confieren al marxismo la condición de "doctrina" de postulados infalibles y eternos. Abjurar de este compromiso intelectual sería exponerlo a toda clase de contrabandos ideológicos y oportunismos políticos.

En nuestra concepción del marxismo como método idóneo en el análisis de la sociedad y de la historia y como "guía para la acción" no se justifican reparos para quienes militan en el partido y profesan también una fe religiosa. La misma concepción nos permite evaluar y acoger las más valiosas contribuciones de la cultura política contemporánea.

El proceso que caracteriza la época en que vivimos y se expresa en mutaciones profundas en el sistema capitalista y en el colapso del impropriamente llamado "socialismo real", si bien plantea la necesidad de revisar nuestros juicios tradicionales, no cancela el carácter fundamental del antagonismo capital-trabajo y de sus consecuencias sociales, en la medida que se presenta como una contradicción entre el crecimiento de las fuerzas productivas que tienden a desarrollarse de continuo y de manera acumulativa y las relaciones de producción cristalizadas en una estructura social ya arcaica, solo que el proceso alcanza una insólita dimensión ecuménica, y no logramos encasillarlos con facilidad en nuestras nociones precedentes.

Resulta evidente que el neoliberalismo -cobertura ideológica de esta fase del capitalismo- ha generado los niveles más altos de desempleo en los países industrializados, junto con justificar la virtual demolición de los servicios sociales, mientras en los países del Tercer Mundo, presionados por la competencia en un mercado casi sin fronteras, la cesantía y el envilecimiento de los salarios constituyen un efecto inevitable de las tesis económicas que asignan una consideración casi teológica al mercado. Paralelamente al saqueo de sus materias primas y recursos naturales, acompañado con la desvalorización

de la fuerza de trabajo, las burquesías -nativas o extranjeras- llevan adelante una despiadada campaña contra los sindicatos.

El P.S. atribuye al manejo privado de las fuerzas productivas, en la búsqueda obsesionante del lucro, la raíz de los desajustes y lucha para que la democratización llegue a la economía mediante la gestión colectiva del aparato productivo en forma de propiedad social (desde la cooperativa a la autogestión de las empresas) al servicio de la solidaridad y de los requerimientos fundamentales de la población.

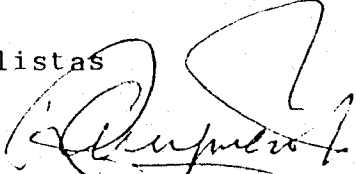
Aún reconociendo que en ciertas áreas resulta ineludible, o mejor dicho, recomendable el régimen de mercado, consideramos que la acción del Estado más allá de las Instituciones y servicios públicos -que son su ámbito tradicional- deba asumir iniciativas para impedir que los monopolios desvirtúen las normas de la competencia leal, por ejemplo, o que comprometan la seguridad o soberanía del país o se presten para manipular los precios en perjuicio del consumidor, o, en fin, impedir una sobreexplotación de los recursos no renovables.

Como efecto visible del estadio que vive el capitalismo en su versión más moderna, (que contradice la poderosa imagen que proyecta sobre la opinión mundial) están las cifras del avance de la pobreza en todas las latitudes y muy especialmente en América Latina y los dramáticos índices de cesantía en todos los países, incluso los más desarrollados, que además de revelar la incapacidad del sistema para lograr la ocupación plena, implica una odiosa mutilación del mismo mercado ofrecido como supremo mecanismo del desarrollo, como la mano invisible del progreso.

Creo que el panorama someramente esbozado bastaría para confiar en la vigencia del socialismo como alternativa a una civilización que se ha olvidado del hombre.

Espero que el Congreso cumpla su tarea de reconstruir un pujante P.S. portador de una nueva esperanza para los trabajadores y el pueblo chileno.

Con saludos socialistas


RAUL AMPUERTO DIAZ

~~Stgo. 2/11/96~~
Stgo. 2/11/96